

retirada, pues que á nuestra division no le quedaba terreno en que maniobrar: á nuestra retaguardia quedaba un pequeño bosque que iba á morir á la orilla de la laguna, estendiéndose ésta por nuestra izquierda hasta New-Washington: ¿qué terreno nos quedaba para emprender una retirada en el caso de sufrir un descalabro? Con dolorosa esperiencia digo que ninguno.

Yo le hice varias observaciones sobre el particular al general Castrillon, algunas horas antes de la accion, sin embargo de mis escasas luces; pero su contestacion fué decirme: "Amigo, ¿qué quiere vd. que yo haga? todo lo conozco; pero nada puedo remediar, porque vd. sabe que aquí no obra mas que el capricho, al arbitrariedad y la ignorancia de ese hombre." . . . Esta s espresiones las dijo acalorado, y muy cerca de la tienda de S. E.

A las nueve de la mañana llegó el general Cos con cerca de 500 hombres de auxilio; su arribo fué celebrado y aplaudido con dianas y demostraciones de júbilo: esta tropa, se le hizo ver á S. E. que no habia dormido la noche anterior, y mandó que se desarmara, es decir, se quitara hasta la forniture y se acostara á dormir á pierna suelta dentro del bosque inmediato.



CAPITULO VI.

Los enemigos sorprenden nuestro campo.—Combate, desorden, y general aturdimiento.—Derrota.—Daños que ocasionó á los nuestros un bayuco que tuvieron que atravesar.—Serenidad y valor del coronel Almonte.—Muerte de los generales Castrillon y Batres.—Insolencia é insultos de un mexicano á nuestros prisioneros.—Varios incidentes despues de la batalla.—Es llevado al campo enemigo, prisionero, el general Santa-Anna.—Lo descubren para con los enemigos, una sorpresa involuntaria de los prisioneros y la declaracion esplicita de algunos.—Trato que le dieron los enemigos.—Regocijo de los enemigos.—Se incendia el parque.—Valor de un tejano.—Mas prisioneros.—Llega al campo enemigo el llamado presidente de Tejas.—Un contrahécho insultando á nuestros prisioneros.—Prision del general Cos.—Hasta publica de los equipages y demas botin.—Le dejan á Santa-Anna el suyo.—Otros varios incidentes.—Intentan asesinar al general Cos.—Los cadáveres de nuestros muertos quedan insepultos.—Embarcan al general Santa-Anna y demas prisioneros en el estíbot Houston.—Escelente comportamiento del general D. Adrian Woll.—Fuerza del comandante del estíbot.—Llegan á la isla de Galveston.—Compañia de Qunitoqui y su tumulto.—Al general Santa-Anna lo trasladan á la goleta Independencia, y le i demas prisioneros los desembarcan en la isla.—Allí se encuentran otros prisioneros.—Miserias que pasaron en dicha isla.—Voluntarios perdidos, aventureros, acuden de todas

partes á engrosar las filas tejanas.—Visitas impertinentes.—Generosidad del general Cos.—Los prisioneros son embarcados y conducidos á la villa de la Libertad.—Su juez, M. William Hardin.—Necesidades que allí padecen.—Son auxiliados por el cónsul mexicano de New-Orleans.—Humanidad de Mr. Hardin.—Baile.—Se les pone en libertad el 25 de Abril de 1837.—Conclusion.

Nada particular ocurrió ya hasta las cuatro y media de la tarde. En esta hora fatal hizo seña ó dió aviso el trompeta de nuestra derecha, de que el enemigo avanzaba sobre nosotros por aquel flanco: en este momento S. E. y su estado mayor dormían; la mayor parte de la tropa hacia lo mismo, algunos comían el rancho, y otros andaban dispersos buscando ranas para hacer sus baracas, de manera que nuestra línea se componía de pabellones de armas, nuestra caballería acababa de ir en pelo á dar agua á los caballos.

Yo me subí á este tiempo sobre la gran trinchera que formaban los cajones de parque unos sobre otros, para ver mejor los movimientos del enemigo, y observé que su columna de ataque no era mas que una batalla muy prolongada en ala, que es decir, un solo hombre de frente ó de fondo; en el centro traían la gran bandera de Tejas y dos cañones ligeros, perfectamente servidos, á los flancos; su caballería ocupaba nuestro frente y se extendía hasta nuestra izquierda.

En esta forma, y en medio de una gritería espantosa, haciendo un fuego vivo á metralla, de fusil y de rifle, avanzaban decisivamente sobre nuestro campo. En éste reinaba la mayor confusion, el general Castrillon gritaba por un lado, por otro daba órdenes el coronel Almonte, unos que rompieran el fuego, otros que se agacharan para que no recibieran daño de la metralla, de estos era S. E., &c.

Ya en este momento noté que algunos de nuestros sol-

dados se habian separado de la línea, y en grupos, llenos de miedo, se parapetaban con los grandes árboles, y aunque yo obligué á muchos á entrar al combate, conocí que el mal no tenia remedio, porque muy en breve ví las masas de hombres en desórden, huyendo despavoridos.

El enemigo redoblaba los metrallazos, que crugían de una manera admirable sobre aquellos bosques; el susurro desagradable de sus grandes alaridos, lo escuchábamos ya muy cerca, pues como no encontró resistencia, llegó como un rayo á nuestro malhadado campo.

Entonces ví á S. E. correr aturdido de un lado á otro, estregándose las manos, sin acertar á tomar providencias; al general Castrillon, tendido en el suelo, herido de una pierna; muerto al coronel Treviño, gravemente herido á dicho coronel D. Marcial Aguirre, y por fin, todavía ví llegar al enemigo al parque, donde mataron á un cabo y dos artilleros, que yo habia puesto á rehacer los cartuchos que me desbarataron la tarde del dia anterior.

Entonces, y cuando todo estaba perdido, corrí con mi caballo en mano, que no pude montar por lo inquieto y desesperado que lo pusieron los tiros, y fuí á incorporarme con la multitud de nuestros soldados, manteniendo la esperanza de que reuniéndonos podíamos aún defendernos, ó retirarnos á merced de la oscuridad de la noche, ó sacar el mejor partido posible; pero todo fué en vano, porque es sabido que una vez acobardado el soldado mexicano, dificilmente vuelve á rehacerse, si no es que esté muy acostumbrado á la guerra.

A la izquierda de nuestro campo, como á tiro de fusil y por la misma orilla de la laguna, hay un bosque, y á él nos dirigimos la multitud derrotada, para ponernos á cubierto de la horrible matanza que venían haciendo por el llano, los desnaturalizados usurpadores; pero desgraciadamente nos encontramos á la mitad del camino, un obstá-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

culo difícil de superar; éste lo era un bayuco que formaba la misma laguna, que aunque no muy ancho, tenía bastante profundidad; y como al llegar aquí los hombres se amontonaban y se hacían bolas, sin decidirse pronto el partido que debían tomar, eran precisamente fusilados, porque al enemigo lo teníamos ya tan inmediato, que no desperdiciaba un tiro: pudiendo asegurarse que la mayor mortandad fué en este desgraciado recinto.

Cuando yo llegaba, alcancé á ver al bizarro coronel Almonte en la mitad del bayuco, nadando con solo la mano izquierda y levantando la derecha, donde llevaba empuñando el sable.

Antes dije que mi caballo lo llevaba de mano; pero en este crítico lance, pegué un salto sobre él, y en dos trancos me pasó del otro lado de dicho bayuco. A este noble y generoso animal tengo el sentimiento de haberlo dejado allí atascado, en el momento mismo en que me salvó, y en el de separarme de él, tal vez para siempre. Al tiempo de desmontarme sobre el fango, me metí en él casi hasta la cintura, que con mil trabajos asiéndome de las yerbas, hube de salir del atolladero; mas luego noté que los zapatos se me habían quedado encerrados en el lodo, no dudé buscarlos; pero en el momento acordé que si me empeñaba en sacarlos, la cosa urgía, y podían sacarme la alma de un riflazo, como ví que sucedió con multitud de desgraciados, de los que se hallaban junto á mí, por lo que, descalzo como me había quedado, corrí á meterme al bosque. Allí nos reunimos porción de oficiales que maquinalmente echamos á andar sin rumbo, entregados á las mas sérias y tristes reflexiones sobre nuestro trágico y desgraciado suceso: todavía teníamos el recurso de reunir á nuestros soldados; pero fué imposible.

La caballería enemiga sitió ó se rodeó del bosque, y los de infantería se internaron dentro de él, siguiéndonos

de lo mas encarnizados y rabiosos; aquí fué donde mataron al coronel Batres, y hubieran acabado con todos, si la Providencia no nos pone en manos del honrado y generoso capitán de caballería Hallen, que á gritos y á sombrerazos, como suele decirse, contuvo ó evitó mas de una vez, que nos hubieran sacrificado los borrachos y desenfrenados voluntarios.

De allí nos condujeron á su campo, y como yo iba descalzo y el pasto estaba recién quemado, las puntas ó barritas del sacaton endurecidas por el fuego, eran unos barrenos que me taladraron por mil partes las plantas de los piés, de modo que no podía dar paso; pues sin embargo de eso, me dieron un buen culatazo, porque no andaba con la violencia que ellos querían.

A los soldados heridos nuestros, que aquellos caribes encontraban en el tránsito, les metían las bayonetas unos, y después venían otros y consumaban el sacrificio, disparándoles el fusil ó la pistola.

No puedo pasar en silencio un acontecimiento que en estos momentos nos sucedió, el cual influyó mucho en mi espíritu, y creo que obraría el mismo efecto en el de mis compañeros: seríamos ciento y cincuenta hombres entre oficiales y tropa, los que reunió solo la partida de Hallen, y que en buena custodia nos conducían á su campo; los americanos, en medio de los hurras y la gloria de su triunfo, no dudo que nos dirían sendos insultos; pero como no los entendíamos, tampoco los sentíamos; mas no sucedió lo mismo con uno que en nuestro propio idioma (y paisano nuestro que había hecho causa con el enemigo) nos espetó una larga tempestad de amenazas, insultos y desvergüenzas; de modo que la lengua de ese malvado y desnaturalizado mexicano, parecía forjada en las cavernas del abismo, y movida por el mismo Lucifer. "Ahora veis, nos decía, inicuos y pérfidos asesinos, si con vuestra

BIBLIOTECA ALFONSO X
HISTORIA DE LA REVOLUCION MEXICANA
V. A. N. L.

sangre vil pagais dentro de pocos momentos las muertes que hicisteis en el Alamo y la Bahía; ha llegado el instante, tales....de que la justa causa que defendemos, triunfe de vosotros; con vuestras cabezas pagareis los incendios, robos y perjuicios que nos habeis hecho en nuestro pais, &c." ¡Qué buena jaculatoria para unos hombres honrados, que en el fondo de su corazon sabian que habian obrado conforme con sus deberes, á la vez que desgraciados, abatidos y humillados hasta el extremo, porque el azar de la guerra así lo quiso, poniendo su vida á disposicion de unos viles y bajos salteadores, que por lo mismo aguardaban con resignacion el momento de ser sacrificados! ¡Pero es creible que haya hombres tan protervos?

Llegamos por fin al campo; nos licieron sentar en el suelo, de dos en dos, del mismo modo que habiamos venido; á la orilla de la laguna, muchos de ellos, particularmente Hallen, comenzaron á matarnos la sed que nos devoraba, con luengas y repetidas vasijas de agua, que corrian de mano en mano, hasta quedar todos satisfechos; despues se rodearon una multitud, y nos preguntaban con repetida impertinencia: "¿General Santa-Anna? ¿general Cos?" Nosotros no sabiamos la suerte que habian corrido estos señores; pero por quitarnos de tantas preguntas, les deciamos: "Se murió, se murió." Yo conservaba aún mis presillas bordadas puestas en la chaqueta, y esto les llamaba mucho la atencion; y uno ahora, y otro despues, me preguntaban: "¿Tú general?" "No general," yo les contestaba; hasta que uno de los tantos curiosos preguntones, me las arrancó con cólera; que yo me alegré, porque no me estuvieran importunando mas, con semejantes preguntas.

Despues de hora y media de tenernos allí, nos hicieron entrar al bosque, en donde habia preparada una hoguera

terrible, que ocupaba como media cuadra, y en ella amontonados porcion de combustibles, en los cuales habia árboles enteros: yo, y muchos de mis compañeros nos la tragamos, y creimos real y verdaderamente que íbamos á ser quemados vivos, en represalia de los que fueron quemados en el Alamo; teniendo por gracia y merced, en tal caso, que primero nos fusilaran. ¡Qué rato tan cruel y tan amargo! Pero varió del todo la escena, cuando vimos que nos iban rodeando del fuego para reponernos del frio, y de nuestros empapados vestidos. Mas de 25 ó 30 centinelas se rodearon de nosotros: y era de ver aquellos hombres ó fantasmas, hechos un armero ambulante; pues habia entre ellos quienes portasen dos, tres, y hasta cuatro pares de pistolas, una talega de trapo, no muy pequeña, con balas, un cuerno con pólvora; machete ó puñal al cinto, y ademas, el rifle, fusil ó la carabina; llevaban tambien cada uno consigo, una vela de esperma encendida, que no sé dónde cogieran tantas, porque con el calor de la mano, y el aire, duraban poco, el alumbrado permaneciò toda la noche; desde luego seria para que, á merced de la luminaria y de las muchas luces, no intentásemos la fuga. ¡Qué mentecatos! ¿adónde habiamos de ir, en un pais inmenso, que no conociamos, lleno de rios caudalosos y de bosques, donde las fieras, el hambre y ellos mismos nos hubieran devorado?

El dia 22, desde muy temprano, comenzó á visitar nuestro campo, con mucha frecuencia, el llamado ministro de la guerra Mr. Rusk, haciendo mil preguntas, sobre el gran asunto que nos ocupaba, de nuestra derrota y su inesperado triunfo; á éstas satisfacía ó contestaba el coronel D. Juan N. Almonte, como que era el único que sabia entre todos nosotros el inglés; iba y venia este señor, á cada momento. A poco llegó, y nos pidió una noticia ó relacion de los empleos, nombres y apellidos de los señores

BIBLIOTECA ALFONSO
V. A. N. L.

res gefes y oficiales que habian sido hechos prisioneros, la que inmediatamente formó el mismo Almonte, con el lápiz ó la pluma, que no me acuerdo, y se la entregó en el acto.

No faltó algun gefe graduado nuestro, y uno que otro oficial de los mismos, que olvidados de su deber, y degradando la dignidad y el decoro de su empleo, se hubieran ido á mezclar y confundir con la clase de tropa, dizque porque habian oido decir, que á ésta, de sargento abajo, se les perdonaria la vida, y de subteniente arriba, iban á ser pasados por las armas. ¡Qué lástima que esta clase de bichos despreciables, sin honor, sean confundidos entre los que dignamente portan y se engalanan con tan decorosas insignias!

Entre los americanos, no faltaba uno ú otro que, en medias palabras de español, nos hubiera ido á decir lo que pasaba entre sus mandarines; asegurándonos que sus gefes y oficiales con el pueblo, que consistia en la soldadesca, y el ministro Rusk, presididos por el general Houston, se hallaban en junta, discutiendo con empeño y mucho acalramiento, si se nos pasaba por las armas antes de dar el parte á su gobierno, ó si se diferia este acto para cuando aquel lo decretase; en esto estábamos, cuando tocaron asamblea, llamada, ó qué sé yo qué cosa, lo cierto es, que se reunieron y formaron mas de cien hombres de tropa, cargaron sus armas, y se quedaron descansando sobre ellas. No dejamos de mosquearnos por esto; yo, á lo menos, me quedé frio como una nieve en este acto, creyendo que habia llegado el momento fatal, porque hubieran ganado los que estaban por la afirmativa; pero poco á poco fuimos entrando en confianza, cuando otro buen hombre, que los hay en todas partes, vino á decirnos que nouviésemos cuidado, porque Houston, Rusk, Hallen y qué sé yo qué otros votos, para ellos muy respetables, es-

taban por la negativa. Efectivamente, á poco vimos que la tropa que habia formado á nuestra inmediacion fué á relevar las guardias. Ya en estos momentos comenzaban á conducir en carros y en nuestras propias mulas, el armamento, parque, vestuario, equipages y todos los despojos de nuestro campo, habiendo ocupado cuatro dias cabales en esta operacion. Tambien conducian á nuestros heridos y varios oficiales y tropa, de los dispersos que iban paulatinamente aprehendiendo. A las dos de la tarde, fué conducido prisionero, por un soldado de á caballo, el Escmo. Sr. general en gefe, D. Antonio Lopez de Santa-Anna; su vestido consistia en pantalon de dril, chaqueta azul de indiana, cachucha, y zapatos bajos ó chinelas de taflete encarnado. El conductor no sabia seguramente, que era S. E.; pero habiendo hecho nosotros simultáneamente un movimiento de estraña curiosidad cuando llegaba á nuestra inmediacion, conoció que era mas que simple oficial al que conducia, y se lo llevó directamente al general Houston. Este mandó á dos ayudantes suyos, que nos preguntaran si á Santa-Anna le faltaba este ó el otro diente; á lo que contestaron algunos que no sabian; pero otros con mas ingenuidad, y que no entendian de chanzas, les dijeron: "Sí, señores; digan vdes. á su general, que es el mismo Sr. presidente Santa-Anna, el que en este instante acaban de poner en su presencia." En el momento se estendió la noticia en todo el campo, y cuantos curiosos nos rodeaban, corrieron á conocer á S. E.; y hubo quienes intentaran hacer salvas y otros mitotes de alegría, en celebridad de la prision de tan alto personage; pero Houston, con política, mandó que no se hiciera tal cosa. Eutonces nos dejaron á nosotros mas tranquilos, y se ocuparon solo de S. E.

El dia 23 habian acabado ya de conducir 70 y tantas ú 80 cargas de parque, las que, con los fusiles y cartuche-

COLLEA ALFONSO
HISTORIC. UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

ras llenas de cartuchos, habian ido amontonando no muy distante de donde nosotros nos hallábamos.

Ya habiamos notado que los americanos hacian continuo tránsito por junto á este combustible, y aun muchos se arrimaban á él chupando. En uno de estos descuidos se ardió la pólvora que se hallaba suelta ó en granel regada en el suelo, ésta incendió en el momento la que habia en las cartucheras, de ahí se comunicó el fuego á las cazoletas de los fusiles cargados, y como si fuera la máquina infernal, comenzaron á dispararse: el fuego incendió el pasto y cuanto halló á su inmediacion, y comenzaban ya á arder las camisas ó arpilleras de los cajones del parque. Los que se hallaron mas inmediatos al peligro, echaron á huir; nosotros y nuestros centinelas hicimos lo mismo; y aunque oíamos que nos gritaban, y conociamos que desaprobaban nuestra fuga, y aun temiamos que nos hicieran fuego los espesados centinelas, seguimos, sin embargo, corriendo; entonces, ellos y algunos de sus oficiales, viendo que el riesgo se aumentaba, no querian ser los mas atrasados, y corrian al par que nosotros, aguardando todos por instantes la terrible explosion: habriamos corrido mas de una cuadra rumbo opuesto á la quemazon, cuando volvimos la cara, y observamos que el mal afortunadamente se habia remediado, aplaudiendo despues la resolucion y temerario arrojamiento con que algunos de estos hombres extraordinarios se lanzaron sobre el fuego, apagándolo con los piés, con mantas, y con repetidas cubetas de agua, que felizmente les proporcionó la inmediacion de la laguna. ¡Buena escapada nos dimos! Yo creia que los vencedores de San Jacinto, volarian, ó desaparecerian de la tierra ese mismo dia, quedándome el sentimiento de volar tambien nosotros con ellos, por su criminal descuido.

El dia 24 seguian trayendo oficiales y tropa de los que

mejor habian escapado, y fueron aprehendidos por multitud de partidas de caballería que por todos rumbos habian salido en su busca.

A las cinco de la tarde llegó un estibot que conducia al presidente tejano, al vice Zavala y á otros capataces, que componian el gobierno.

La artillería, compuesta de dos cañones que traian á bordo, saludó con cuatro ó cinco cañonazos; las tropas del campo formaron todas y recibieron en medio de los destemplados gritos de hurras á su gefe supremo, llevándolo despues, en triunfo, á la tienda del general Houston.

Entre los yankees que sabian algo el español y que iban allí á platicarnos, ó mas bien dicho, á insultarnos, se distinguia sobre todos, uno contrahecho y muy hablador; este lisiado mentecato, que no levantaba vara y cuarta del suelo, y que cargaba una joroba mas grande que todo su cuerpo, tenia el mayor placer en llevarnos noticias funestas y desagradables; preciaba de muy valiente, y cuando relataba sus proezas este bribon, nos decia: "¿pos qué? ¿pensaba Santa-Anna que con nosotros habia de jugar? Eso no; él estará acostumbrado á pelear allá con los de su tierra, porque ya les conoce el modo, y sabe que no son valientes, arrojados y decididos como nosotros; pero no sabia que aquí sí somos buenos muchachos, y que aquí habia de venir á concluir su mucha fama de valiente. El pensaba que nosotros andábamos muy lejos de él, y no sabia el pobre que desde que pasó el rio de los Brazos, lo hemos venido siguiendo, sin perderlo de vista, contando desde arriba de los árboles con el anteojo, uno por uno de todos sus soldados, y dejándolo no mas á que se hubiera venido á meter en este rincon, para que quemándole el puente que va á Buffalo-bayon, como se lo quemamos, no tuviera ya por dónde salirse, para ata-

BIBLIOTECA ALFONSO MARTINEZ DE ROSAS
UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

carlo entonces, como lo hicimos, cosa que si ganábamos, no pudiera escapar ninguno de vdes.; y si no firma ahora los tratados para que se acabe la guerra de Tejas, y que no quede un soldado mexicano por todo esto, le costará la vida, lo mismo que á todos vdes. los prisioneros." Por este estilo eran las conversaciones de nuestro intrépido jorobado.

El día 25, fueron conducidos é incorporados á nosotros el general Cos y los capitanes Bachiller é Iberri; habiendo llamado tanto la atencion el primero á los vencedores, que en tumulto hasta echarse sobre los centinelas, se disputaban la preferencia de conocerlo; habiendo hallado por conveniente dicho general, acostarse y envolverse hasta la cabeza en una frazada, para que cesara el motivo de tan impertinente curiosidad, y no faltó bribon que hubiera intentado asesinarlo.

El día 26 pusieron en hasta ó venduta pública, los bienes de todos nosotros, y era de lo mas insufrible estar viendo descerrajar nuestros baules, y que cada hijo de vecino cargara con nuestras camisas, pantalones, casacas, &c., mientras que solo quedábamos con lo encapillado.

Que mirando allí mis botas, me encontraba del todo descalzo, y envueltos mis lastimados piés en unos pedazos de salea.

Que en lugar de nuestros barraganes, capas ó zarapes, que veíamos llevarse al mejor postor, nos regalaron los capotitos de nuestros soldados, llenos de piojos, que tuvimos que trabajar mucho tiempo para desterrar esta nueva plaga, como que no teníamos otra cosa con qué curbrinos.

Solo S. E. el general en gefe tuvo la fortuna de que le devolvieran, si no el todo, la mayor parte de su equipage.

Tambien fueron distribuidos en ese mismo dia, entre

los oficiales y tropa de los vencedores, las mulas de silla y carga que avanzaron á nuestra division, proratóndolas á proporcion de sus clases, y con presencia de su mérito.

Era muy divertido ver aquellos mis señores, encajarle el albardon inglés á una mula briosa y muy retobada que solo sabia de aparejo.

Ademas, las adornaban con los cordones verdes y encarnados que llevaban en los morriones nuestros cazadores y granaderos, colgándoselos por las orejas como aretes; se los enredaban tambien indistintamente por el cuello, por la grupa y por todas partes, y hubo quien le pusiera dos tapa-ojos á una sola mula, uno en la frontalerá para su legítimo uso, y otro en la muserola, para que sirviera de tapa narices.

Tambien les colgaban las charreteras de nuestros oficiales, que, como relumbraban mucho algunas de ellas, les gustaban demasiado, y poco importaba que una fuera amarilla y la otra blanca; el negocio era enjaezarlas con muchos colores, y que llevaran pendientes muchos colgajos, á manera de las burlescas mogigangas que sacan los locos de nuestras plazas de toros.

Hacia mucho tiempo que estaba yo en observacion de un jóven ginete de los que voy figurando; y ví que éste, luego, que acabó de ensillar y engalanar su mula, sin atender á que la cinchera estaba floja y muy endeble, mentó nuestro inglesito, teniéndole dicha mula algunos de sus compañeros, mientras que se afirmaba bien sobre ella; se la soltaron despues, y aquí fué Troya, se partió aquel animal reparando con tanta fuerza y tan á su gusto por aquellos campos de Dios, que los arreos y adornos por aquí y por acullá, quién sabe dónde fueron á tener, volando en seguida por lo alto con silla y todo, nuestro miserable yankee, quien mal de su grado no podia mo-

BIBLIOTECA ALFONSO X
U. A. N. L.